



Cúpula de galería La Cúpula, de Angel Busca

Angel Busca, piel y alma de las cúpulas

TORRES, cúpulas, alminares, cimborrios que consolidan anhelos de la materia y del espíritu; jardines, fuentes, arboledas de piedra, murmullos de aguas y cromías. Estatuas con carácter sacrificial, con perfumes de Cupido, surtidores de luz y sueño, caparazones de lugares sagrados o civiles!

La cúpula es algo que defiende, que resguarda, que expone el centro pero protegiéndolo. En botánica es un involucre, en forma de copa, que cuida el fruto de ciertas plantas. En las edificaciones es la cumbre, donde el aire conversa y se serena, gime o canta, la parte más expuesta a las inclemencias, la que más se olvida, pero la más espiritual.

Es la vivencia existencial la que produce estas imágenes, en las que se percibe una evidente ligazón: árbol/torre/hombre, cuyas esencias se definen por su verticalidad. El árbol representa la vida del cosmos, su intensidad, crecimiento y palingenesis. La torre posee un valor ascensional, reflejo del pensamiento, con ventanas, que son los ojos por donde se ve. Nietzsche, loco de incesto y de belleza, lo dijo: se desciende, se ahonda, se profundiza, en la medida en que se asciende. Y el hombre compendiando estos impulsos, como punto de convergencia, con la facultad de conducirlos a la perversión o a la perfección, según su inteligencia.

Para quien pase de largo, la impresión sobre esta pintura será la de un realismo correcto, pero frío, con unas gamas de colores tenues, oyéndose por doquier la soledad y las huellas de una materia sutilmente trabajada.

Pero, el espectador, que a eso va, debe profundizar en la obra, indagar en los lienzos, requerirles más allá de la imagen, para comenzar a ver que allí hay algo más que realismo: un sfumato muy bien conseguido, perspectivas arriesgadas, difíciles escorzos, proporcionando una vida densa a estructuras, en apariencia, inertes.

¡Fuentes de la Granja; estatuas versallescas entre tormentas de mimosas; estanques, en los que se confunden la placidez y el viento; minaretes de mezquitas, cúpula de la casa de «ABC», mezquita de Omán, o la cúpula, que alberga a esta misma galería, en la que un amanecer de

Para quien pase de largo, la impresión sobre esta pintura será la de un realismo correcto, pero frío, con unas gamas de colores tenues, oyéndose por doquier la soledad y las huellas de una materia sutilmente trabajada.

Pero, el espectador, que a eso va, debe profundizar en la obra, indagar en los lienzos, requerirles más allá de la imagen, para comenzar a ver que allí hay algo más que realismo: un sfumato muy bien conseguido, perspectivas arriesgadas, difíciles escorzos, proporcionando una vida densa a estructuras, en apariencia, inertes.

¡Fuentes de la Granja; estatuas versallescas entre tormentas de mimosas; estanques, en los que se confunden la placidez y el viento; minaretes de mezquitas, cúpula de la casa de «ABC», mezquita de Omán, o la cúpula, que alberga a esta misma galería, en la que un amanecer de mente quiere ganar las alturas, donde la construcción y el cielo se funden en una exquisita vaharada de grises.

Angel Busca, Madrid 1951, comienza a exhibir sus obras en 1971; ha concurrido a certámenes nacionales y a colectivas de consideración y esta es su tercera exposición personal, en la que muestra una gran seguridad y la progresión técnica de su pintura.

Fuentes que remansan e impulsan el agua, simbolizando la fuerza vital del hombre, la fuente como la cúpula ocupan el centro, Jung la asimila a una imagen del ánima como origen de la vida. Boschius, en su arcaica «Ars Symbolica», tiene al agua, en un cercado, como signo de la constancia frente a la adversidad, o, como un simple témenos. El jardín vale por consciencia con referencia a la selva, que es el inconsciente, el caos sensual y vegetal donde se entretajan los opuestos impulsos.

Exposición esta que requiere, más que otras, una lectura iconológica, que precisa traspasar su apaciguada realidad, para entender que lo que allí se propone es mucho más profundo que lo que se ve.

Realismo con un gran contenido de simbologías, piel de un entramado con vida propia, también manchas de color, que haciendo caso omiso del detalle, se sumergen en una gran riqueza de tinturas. Acaso, en algunos momentos, la luz resulta tan abrasadora, que quema el color.

Grafismo oriental conviviendo con la severidad del dibujo; en un primer plano se nos ofrece la nitidez y, en un segundo, la utopía, la perfección buscada junto a la expresión instintiva, la disciplina de la mano cabe una expansión libertaria del color, una voz sin eco, una propuesta que además de belleza formal, contiene una especulación dialéctica. (Galería La Cúpula. Fernández de la Hoz, 9. Hasta el 20 de marzo.)